

La Luz Verdadera

Un sermón para el Adviento, basado en 1ª de Juan 2:8

Por Rev. J. van Eckeveld

Lectura Bíblica: 1ª de Juan 2:1-11

Salterio 71:1, 2

Salterio 322:1-4

Salterio 450:1, 2

Salterio 203:1-3

Querida congregación:

Nuestro texto para esta mañana se encuentra en 1ª de Juan, capítulo 2, la última parte del versículo 8, donde leemos la Palabra de Dios así: *“La luz verdadera ya alumbra”*.

El tema del mensaje esta mañana es:

La Luz Verdadera

Vamos a considerar tres pensamientos principales:

- 1. Las tinieblas que son alumbradas por esta luz;**
- 2. El Salvador que nace en esta luz; y**
- 3. El tiempo en el cual alumbra esta luz.**

Congregación, es notable que las Escrituras contienen muchas referencias al contraste entre las tinieblas y la luz. Se encuentra este contraste muchas veces en el Antiguo Testamento. El profeta Isaías dice en Isaías 9:2: *“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz”*. También leemos en la Palabra de Dios acerca de aquellos que han sido llamados de las tinieblas a la luz admirable de Dios. (2 Pe. 1:9). Especialmente encontramos este contraste en los escritos del apóstol Juan. En el principio de su Evangelio leemos: *“La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella”*. Igual en la primera Epístola de Juan, leemos en el primer capítulo que Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él (v. 5). También leemos: *“Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad”* (1 Jn. 1:6).

También en el capítulo de nuestro texto encontramos el contraste en la luz y las tinieblas. Consideren los versículos que siguen nuestro texto: *“El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo”* (v. 9, 10). Así que una y otra vez en la Biblia encontramos este contraste entre la luz y las tinieblas, también en la primera Epístola de Juan.

¿Qué significa “las tinieblas”? En la Palabra de Dios, las tinieblas son una imagen del pecado, y de una vida sin Dios y sin Cristo. Es la descripción de los descendientes de Adán, caídos y viviendo en las tinieblas, e inclinados a odiar a Dios y a su prójimo. Eso es lo que significa nuestras tinieblas.

En contraste a las tinieblas, la Palabra de Dios también habla acerca de la luz. Cuando en la Biblia se refiere a la luz en contraste a las tinieblas, esto es una imagen de la gracia de Dios y Su obra en el corazón de pecadores. Especialmente en la Navidad podemos decir que la luz se revela a través de Cristo. Él es Aquel Niño de Belén que quería comenzar el viaje a la cruz de Gólgota; es Aquel Niño que vino en el cumplimiento del tiempo, cuando el mundo estaba en las tinieblas más que nunca. Entonces era con una mirada especialmente a Cristo que Juan escribe aquí: *“La luz verdadera ya alumbra”*.

Sin embargo, esa luz alumbra en las tinieblas. En su Epístola, Juan hace hincapié en este contraste de la luz y las tinieblas. Por naturaleza todos estamos en las tinieblas. El apóstol Pablo escribió a los creyentes de Éfeso: *“Porque en otro tiempo erais tinieblas”* (Ef. 5:8). Es como les dijera: “En el momento que Dios entró en vuestra vida por la obra de Su Espíritu, erais tinieblas”. Sin la obra salvadora de Dios en nuestro corazón, nuestra vida *es* tinieblas. Eso es la realidad seria de nuestra vida. Este ejemplo de las tinieblas es un símbolo verdadero de nuestra vida en el pecado.

Estas tinieblas nos hacen pensar en la noche en la naturaleza, cuando se ha puesto el sol y todo se pone oscuro. Cuando Cristo nació en el establo de Belén, las tinieblas eran más densas que nunca. Los romanos reinaban, y la voz de los profetas en Israel no se había escuchado por cuatrocientos años. Fue de noche cuando los pastores se encontraron con el ángel en el campo; pero también era la “noche” en la vida del pueblo de Israel. La casa de David había decaído mucho, y era como si el Señor se hubiera olvidado de Su pueblo. Sin embargo, en medio de la noche amaneció la luz. La noche es una imagen de nuestro pecado. Por causa del pecado hemos sido separados de Dios, nuestro Creador. Por causa del pecado somos aquellas personas a las cuales se refiere Pablo cuando escribe a los Efesios: *“sin esperanza y sin Dios en el mundo”* (Ef. 2:12). Por causa del pecado, por naturaleza somos muertos en pecados e iniquidades, y estamos rumbo a la noche eterna.

Lo que les digo no es nada nuevo; ustedes han escuchado este mensaje muchas veces. Sin embargo, déjame preguntarte: ¿Alguna vez se ha hecho una realidad para ti? No me refiero a un conocimiento superficial del cual podemos meramente hablar de estas cosas, sino una realidad profunda en tu vida. Pues, ¿acaso no es el lugar adonde lleva Dios a todos sus hijos en el comienzo de la vida espiritual? Cuando Dios comienza la buena obra en el corazón, las tinieblas sobre las cuales tú has oído en tantos sermones llegan a ser una realidad, sea lo que sea tu membresía en la iglesia y tu vida externamente decente. De hecho, estas tinieblas llegan a ser la causa de tu gran tristeza y necesidad, y dices tú: “Soy una persona que vive en las tinieblas, y es mi propia culpa que vivo sin Dios en este mundo”.

Saben cómo es en la naturaleza: cuando se pone el sol y se hace oscuro, encendemos las luces, es decir, las luces artificiales. Así tratamos de alumbrar la oscuridad con esta luz artificial. Sin embargo, no deja de ser luz artificial; no es igual que la luz del sol. De la misma manera, el hombre puede tratar de alumbrar las tinieblas de su corazón con la luz artificial, pero no sería de ninguna ayuda.

Congregación, la luz verdadera alumbra en las tinieblas. Los pastores vigilaban durante la noche, y entonces vino la luz. La Navidad verdadera se experimenta por un pueblo que por naturaleza ha vivido en las tinieblas. Es un pueblo que ha llegado a conocer las tinieblas de su propia vida, y no ha podido avanzar con las luces artificiales que han intentado usar. Es un pueblo que en sí mismo reconoce que por derecho no pueden esperar más que las tinieblas eternas.

¿Cuál es el estado de *tu* alma, amigo mío? ¿Hay algunos aquí en la iglesia que tienen que decir: “Oh, no hay nada más que tinieblas en mi vida, y es mi propia culpa”. ¿Qué milagro es cuando la luz alumbra en la vida de tal persona! Eso es como el Señor siempre obra en la vida de Su pueblo; donde es la obra de Él, siempre queda un milagro para el pecador. Hace años, se solía decir: “Si nunca has experimentado un milagro en tu vida, no es la obra de Dios en tu corazón”, y esto sigue siendo la verdad hasta el día de hoy.

La noche representa las tinieblas de nuestro pecado. Cuando es de noche, no se puede ver. ¿Saben cuál es nuestra noche? Es que por naturaleza no podemos ver Quién es Dios, y aunque hayamos sido criados con la Biblia, y por más que podamos hablar mucho sobre el Dios de la Biblia, Él nunca ha sido hecho una realidad viva para nosotros. No vemos Quién es Dios, y no nos damos cuenta de Quién es. Y, por lo tanto, tampoco podemos ver quiénes somos nosotros.

Juan Calvino comienza sus Instituciones con este tema. En el comienzo del libro él aclara que estas dos cosas siempre van juntas: el conocimiento de Dios y conocimiento de nosotros mismos. Es sólo entonces que puedo ver Quién es Dios y quién soy yo en contraste a Dios. Es cierto que la manera por la cual Dios obra en Sus hijos puede variar; una persona es atraída gradualmente, mientras otra persona es atraída a Dios más repentinamente y dramáticamente, a través de muchos altibajos. El Señor sabe muy bien la manera que Él necesita emplear para llevar a todos Sus hijos a Él. Por supuesto, hay ciertas cosas que experimentan todos los hijos de Dios; todos conocerán su gran necesidad y la muerte de la cual han sido salvos. Todos los hijos de Dios conocerán las tres partes: la miseria, la redención y la gratitud. No obstante, hay diferencias en la manera por la cual el Señor guía a todos Sus hijos. Sin embargo, quisiera enfatizar algo: hay una cosa que es igual con todos los hijos de Dios. ¿Qué es eso? Es el comienzo de la conversión verdadera. ¿Con qué comienza la verdadera conversión? Siempre ocurre que los ojos están abiertos y la persona se da cuenta de Quién es Dios, y Dios se hace una realidad viva en la vida.

El rey Manasés es un ejemplo muy claro de esto en la Biblia. Ustedes saben que él era un rey muy cruel; hasta nuestros niños lo saben. El rey Manasés hizo cosas terribles. Hizo que los hijos fueran quemados en vivo en los brazos del ídolo de Moloc, uno de los dioses falso de aquella época. Este rey

hizo cosas increíblemente horribles. Y Manasés hizo todo esto sabiendo mejor; su padre era Ezequías, el rey piadoso con el temor de Dios. Ciertamente su padre le habría enseñado sobre el servicio del Señor, y sin lugar a dudas su padre la habría recomendado ese servicio del amor. No obstante, todo eso no hizo ninguna impresión en Manasés. Él sabía que había un Dios, pero no se hacía realidad en su vida hasta aquel día cuando era cautivo a manos de los babilonios. Entonces sucedió: Dios se hizo una realidad en su vida, y Manasés reconoció que Jehová era Dios (2 Crón. 33:13). El Dios sobre el cual este rey había escuchado tanto en su juventud, y sobre quien su padre le había enseñado tanto, ya se hizo realidad para él. Congregación, en aquel momento el pecador se encuentra con Dios, y sus ojos se abren para ver la realidad de Dios. Como ya hemos mencionado, estas dos cosas siempre van juntas: el conocimiento de Dios y el conocimiento de sí mismo.

Manasés también llegó a ver quién era él en los ojos de Dios: solamente pecado. No hay otra manera en la vida de la gracia. Es siempre como comienza la conversión verdadera; el pecado de la persona se hace realidad en su vida. Sea como fuera la manera en la cual Dios guía a Su pueblo más allá en la vida de la gracia, el comienzo siempre es así. El pecador comienza a ver Quién es Dios, y es algo que no había visto jamás antes. Las tinieblas de nuestra vida consiste en no ver a Dios tal como es; el Rev. Hellenbroek siempre decía que nuestra miseria más grande es que no conocemos nuestra miseria. No nos damos cuenta lo que significa vivir en las tinieblas, y no nos damos cuenta de lo que significa ser un gran deudor a Dios. A pesar de que hayamos conmemorado la Navidad muchas veces, es necesario que nuestros ojos sean abiertos, para que podamos ver nuestra miseria y las tinieblas en las cuales vivimos por naturaleza.

Queridos amigos, ¿ya ha acontecido esto en *su* vida? Ustedes saben la respuesta entre Dios y su alma. Esta no es una pregunta a la cual podamos responder: “No sé”. ¿Acaso no piensan que Manasés jamás podía olvidar cómo sucedió en su vida, y cómo sus ojos fueron abiertos para ver la realidad de Dios? Como dice un refrán del antaño: “Se requiere la luz para poder conocer la oscuridad”.

En la naturaleza, la oscuridad también causa temor e inquietud. Niños, ustedes han experimentado esto. Cuando están en sus camas en la oscuridad de la noche, a veces tienen miedo, ¿no? Quizás piden a su mamá que encienda una luz, porque tienen miedo y no pueden ver nada. De la misma manera en la vida espiritual, las tinieblas causan temor e inquietud. No piensen que la vida sin Dios puede dar paz. ¡De ninguna manera! Oh, es cierto que por naturaleza buscamos la paz en nuestras tinieblas, y aún es posible que encontremos una paz falsa, pero nunca encontramos la verdadera paz en las tinieblas. Como dice la Palabra de Dios en Isaías 57:21: “*No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos*”.

En la naturaleza, la oscuridad también es peligrosa. Durante la Segunda Guerra Mundial, no se permitían ningunas luces afuera. En las calles todo era oscuro; no había ni siquiera un destello de luz. Como resultado, muchas personas en Holanda se ahogaron, porque caminaban y como no podían ver nada, caían en los canales de la ciudad de Ámsterdam. Sí, la oscuridad es peligrosa.

Congregación, ¿saben ustedes que, como personas que viven en las tinieblas espirituales por naturaleza, están en una situación muy peligrosa? Una persona no salva está en las tinieblas en el borde del abismo del infierno, y no lo ve ni se da cuenta de ello ni lo siente. ¿Alguna vez han pensado en esto? Por naturaleza, estoy balanceando en el borde del abismo en medio de densas tinieblas, y es posible caer en el infierno en cualquier momento. Quizás sea hoy; o tal vez sea mañana, pero entonces será demasiado tarde, y eternamente tarde. No obstante, por naturaleza no lo vemos. Sí, escuchamos el mensaje del Evangelio, y tal vez cuando llegamos de la iglesia decimos que la enseñanza era muy clara, pero no experimentamos nuestro estado peligroso. Eso es nuestras tinieblas y nuestra noche. ¿Cómo puede ser posible estar en una situación tan peligrosa, y aun así poder dormirse tranquilamente como si no hubiera ningún problema. ¿Cómo es posible? Es posible porque por naturaleza somos personas de las tinieblas.

El llamado de la Palabra de Dios es: Vuélvete a ti mismo. Pide al Señor que abra los ojos ciegos de tu alma. Ruégale luz desde arriba, porque tú necesitas esa luz para conocer las tinieblas de tu vida. Pide a Dios la luz descubridora para que puedas ver esa luz. Si nunca has conocido las tinieblas de tu vida, y si sigues con tus luces artificiales, no van a querer ver esa luz verdadera. Por eso es tan necesario llegar a conocer nuestras tinieblas, porque aquella luz alumbrará en las tinieblas.

Fijémonos en las palabras que vienen antes de las palabras de nuestro texto: *“Porque las tinieblas van pasando”*. Por un lado, estas palabras son de mucho ánimo para los hijos de Dios. En la vida espiritual, a pesar de que hayamos conocido la luz, todavía hay tiempos de luz y de tinieblas. Aún después de haber recibido la gracia, nosotros hacemos que vuelvan las tinieblas en nuestra alma. Así que estas palabras, *“porque las tinieblas van pasando”* son una fuente de ánimo para los hijos de Dios. Por otro lado, estas palabras son palabra de terror, porque si quedamos en estas tinieblas, y si permanecemos como ciudadanos del reino de las tinieblas, vamos a perecer junto con aquel reino de las tinieblas. Entonces para tales personas habrá solamente las tinieblas para siempre.

Así que hemos meditado en las tinieblas que son alumbradas por la luz verdadera. En nuestro segundo pensamiento principal, vamos a considerar al Salvador Que nace en esta luz.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En 1ª de Juan 1:5 leemos: *“Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él”*. La luz que hay en Dios ha sido revelada especialmente en Jesucristo. Dios reveló la luz en Aquel Niño en el pesebre de Belén. Cristo Mismo nos dice: *“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn. 8:12). Zacarías, el padre de Juan el Bautista, también cantó acerca de esto: *“Luz para revelación a los gentiles”* (Lc. 2:32).

Esta verdadera luz llegó en aquel pesebre oscuro en Belén. Hace aproximadamente 1.700 años, en la iglesia cristiana primitiva, hubo una lucha sobre las enseñanzas de Ario, quien negó la divinidad de

Cristo. La iglesia primitiva vio el gran peligro de esta enseñanza, y por lo tanto se escribió en el Credo de Nicea que Cristo es Dios de Dios, Luz de Luz. Aquel Niño en el pesebre de Belén es este Dios de Dios y Luz de Luz. El hombre y el mundo entero están hundidos en las tinieblas más profundas, y merecemos las tinieblas eternas. Sin embargo, los cielos se abrieron en Belén, y a través de este Niño Jesús, la luz celestial descendió del cielo a este mundo de tinieblas y oscuridad.

En contraste a estas tinieblas, el apóstol Juan dice en nuestro texto: *“La luz verdadera ya alumbra”*. ¡Es la luz **verdadera**! Es muy distinta a la luz artificial que está por todos lados. ¿De dónde vino esta luz verdadera? Cuando esta luz verdadera nació en Belén, la voz de la profecía se había callado por cuatrocientos años. Malaquías fue el último de los profetas, y había profetizado: *“Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación”* (Mal. 4:2). En la naturaleza la luz viene del sol. De igual manera, Aquel Niño en el pesebre de Belén es el Sol de justicia, y ese Sol nació durante aquella noche en Belén. Nadie había pedido eso, y nadie jamás había podido pensar en eso. No obstante, desde el silencio de la eternidad, Dios, en Su divina misericordia, lo había pensado cuando ordenó el plan de la redención en Su amor infinito. Es desde ahí de donde vino esa luz; viene de Dios.

Así que la luz entró en las tinieblas, y llegó a las tinieblas del establo y del pesebre, señalando las tinieblas que habría en Gólgota. La noche de Belén señala la noche en la cual Jesús descendió a lo profundo, desamparado de Dios, y donde Él tenía que clamar: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* (Mt. 27:46). Jesús tuvo que descender hasta lo profundo del infierno. Como hemos mencionado anteriormente, por naturaleza todos nosotros estamos al borde de ese abismo del infierno, y podemos caer en ello en cualquier momento. Ahora bien, Jesús *sí ha descendido* en aquel abismo infernal y en aquellas tinieblas. Cuando Él clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, no recibió ninguna respuesta, y Él quedó en las tinieblas.

Querida congregación, ¿saben qué es el infierno? Es unas eternas tinieblas y una eterna oscuridad como boca de lobo, sin ni siquiera un destello o rayo de luz, y totalmente sin Cristo. Si tú caes en ese abismo oscurísimo, eso será tu futuro. Eso puede suceder aun hoy, por ejemplo en un accidente de tránsito. Ahora bien, Cristo ha descendido en estas tinieblas, cargado con los pecados de todos Sus hijos. ¡Milagro de todos milagros! Cristo preparó el camino a la eterna luz de la salvación a través de las tinieblas del infierno. Y esa luz ya está visible en la noche de Belén. El Niño yace en las tinieblas, y la Iglesia está envuelta en luz. Cristo se hace las tinieblas de la noche para que pecadores culpables puedan recibir el día eterno y la luz eterna.

“La luz verdadera ya alumbra”. Esta luz nació en Cristo Jesús. ¿Cuál es esta luz que vemos en Él? Es la luz de la gracia de Dios. El Niño Jesús descendió a las tinieblas para merecer la gracia por Su pueblo. ¿Qué es la gracia? Es el favor no merecido. Aquí podemos ver que en Su divina misericordia, el Señor

Mismo se preocupó por el pecador que merecía la muerte eterna. La gracia de Dios consiste en el perdón de los pecados de un pecador condenado, y eso porque Cristo murió en lugar del pecador.

La luz del amor de Dios también alumbra en Cristo, tal como leemos en Juan 3:16: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*”. En un mundo lleno de tinieblas, condenación y culpa, el Señor todavía proclama el milagro de la gracia. Si, congregación, el Señor aún proclama eso por causa de Su amor inexpresable; Él dio a Su propio Hijo. Esto es un testimonio del amor de Dios: el amor por Su propio honor, y el amor por todo los que Él ha amado desde la eternidad.

La luz verdadera se encuentra en Cristo; es la luz de la gracia de Dios, la luz de Su amor y la luz de Su comunión. Por lo tanto este Niño lleva el nombre “Emanuel” – Dios con nosotros. Él fue desamparado de Dios para que pecadores culpables pudieran estar restaurados a la comunión con Dios. Amigo mío, ¿has experimentado *tú* algo de este milagro de la gracia? Cuando es Luz verdadera nace en las tinieblas de tu propia condición perdida, ¿no es este milagro de la gracia inexpresable? ¿No rompe tu corazón?

Esta luz verdadera alumbra solamente en Cristo, porque es la única luz verdadera. Las fuentes de luz en la naturaleza y en la tierra crean sombras, pero no es así con la luz celestial. Leemos acerca de los pastores, que los cielos abrieron y el ángel de la luz alumbró en las tinieblas de esa noche: “*Y la gloria del Señor los rodeó de resplandor*” (Lc. 2:9). Cuando una luz nos alumbra, siempre hay sombras; pero cuando la Luz verdadera nos rodea, ya no hay sombras, sino que hay una plenitud bendita cuando Él aparece al alma. Todos los que han experimentado esto darán testimonio de eso; ya no hay más sombras.

Oh, es cierto que más tarde en la vida espiritual esas sombras aparecerán de nuevo. Como ya hemos mencionado, en la vida espiritual de los hijos de Dios siempre hay luces y sombras mientras viven aquí en la tierra. No obstante, cuando la gloria del Señor los rodea, aunque están aquí en esta vida terrenal, aun así no hay sombras, pues son los comienzos de la vida en la Canaán eterna. La luz eterna sin sombras – eso es lo que será el futuro para todos los que temen al Señor. Congregación, ¿es su futuro? Nunca reposen hasta que el Señor los haya llevado a los pies de aquel bendito Niño. ¡Todavía hay lugar! Además, los pastores no tenían que limpiarse o cambiarse de ropa; fueron tales como eran hasta el pesebre de Belén. Ese pesebre está tan cerca al suelo de modo que sólo lo puede alcanzar uno que se postra en el polvo delante de Dios.

Ahora vamos a considerar nuestro tercer pensamiento, el tiempo en el cual alumbra esta luz, pero primeramente vamos a cantar del **Salterio 450, las estrofas 1 y 2** (Salterio antiguo).

TERCER PENSAMIENTO

El apóstol Juan dice muy explícitamente en nuestro texto: “*La luz verdadera ya alumbra*”. ¡Ya! ¿Cuándo es aquella “ya”? Eso comenzó en el cumplimiento del tiempo, ordenado por Dios, cuando Cristo

descendió al pesebre de Belén. Y, aquella “ya” todavía está vigente dos mil años más tarde. *“La luz verdadera ya alumbra”*. Esa “ya” es el tiempo del Evangelio; es el tiempo del Nuevo Testamento en el cual todos somos privilegiados a vivir. Es el tiempo en el cual se predica el Evangelio sin las sombras del Antiguo Testamento.

Aquella “ya” es el ministerio de la reconciliación. *“La luz verdadera ya alumbra”*. Eso es hoy, ya que ustedes viven bajo el ministerio de esa reconciliación, en el cual se les proclama: *“Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”* (2 Co. 5:20). Esa “ya” es ahora, el tiempo de la gracia. Satanás siempre nos dice: “¡Mañana!” Jóvenes, les ruego recordarlo; el diablo siempre les dice: “¡Mañana! Más tarde puedes ser salvo”. Él les dice: “Mañana, mañana, y...mañana”, ¡hasta que ya no haya mañana! Sin embargo, el Señor les dice: “¡Ya!” *“La luz verdadera ya alumbra”*. El Señor les proclama: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestro corazón”* (Sal. 95:7, 8). Sí, aquella “ya” es el presente, el día de la gracia en el cual vivimos. Es el tiempo cuando se les extiende la invitación: “¡Vengan a Su luz, todas las naciones!” Congregación, ustedes también son llamados e invitados a aquella Luz verdadera Quien ha nacido en Belén, y Quien está declarado en la predicación del Evangelio de la gracia libre.

¿Piensan que será la culpa de Dios si van perdidos eternamente? ¿Piensan que Dios será responsable si nosotros caemos en el abismo de las tinieblas eternas? No, congregación, Dios no tiene la culpa. *“La luz verdadera ya alumbra”*. Lean lo que nos dice los Cánones de Dort acerca de esto; si somos perdidos Dios no tendrá ninguna culpa. ¿Acaso Él habría podido dar más que a Su propio Hijo? Tampoco será la culpa de Cristo si vamos perdidos. ¿Acaso Él habría podido dar más que Su propia sangre? Tampoco será culpable el Evangelio si no somos salvos, porque Dios testifica en ello que Le complace cuando aquellos que sean llamados se refugian en Él. Nosotros queremos echar la culpa en Dios, pues hacemos excusas como: “No puedo hacer nada para salvarme”, y “Si no soy elegido, etc.”, y otros razonamientos similares. Ciertamente, cuando comparezcan ante el tribunal de Dios, todas sus excusas se desvanecerán. Entonces no podrán echar la culpa en el Señor jamás, aun si tan sólo hubieras este sermón de hoy mismo. Hoy ustedes pueden escuchar: *“La luz verdadera ya alumbra”*.

Queridos amigos, ¿saben cuál es nuestra miseria y nuestra culpa por naturaleza? Es que no tenemos ningún deseo por aquella Luz. Eso no es culpa de Dios, sino que, ¡es mi culpa y mi pecado! Y, ¿por qué no tenemos deseo por esa Luz? Es porque no nos damos cuenta de las tinieblas en las cuales estamos. Peor aún, como escribe el mismo apóstol Juan en el tercer capítulo de su Evangelio: *“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”* (Jn. 3:19). Eso es la causa; no es la culpa de Dios. Eso es la razón por la cual no queremos dejar nuestros caminos malos. Es por eso que no queremos dejar nuestros pecados secretos, aquellos que nadie sabe aparte de Dios. Es así: por naturaleza amamos más las tinieblas que la luz.

Congregación, cuando vuelvan a sus casas después del culto, arrodíllense ante Dios en oración y díganle: “Oh Dios, abre mis ojos y sálvame antes de que caiga en el abismo de las tinieblas eternas. ¡Atráeme! Tú sabes cuán ciego que soy yo; abre mis ojos para que vea”. El Señor puede usar este sermón para que tú comiences a ver que son *tus* tinieblas y es *tu* culpa, y Dios sería justo si te dejara perecer. Sin embargo, con Dios hay luz. ¿A quién más iremos? El tiempo es hoy, ¡ya! “*La luz verdadera ya alumbra*”.

Quizás hay algunos en la iglesia que pueden decir: “Creo que conozco algo de esa vida espiritual. De vez en cuando he visto las tinieblas de mi propia vida, y que estoy sin Dios y sin Cristo. También ha nacido en mi alma un deseo por el Salvador. Pero...¿cómo puedo conseguir aquella Luz? ¿Qué sucede cuando nace esa Luz en las tinieblas de mi corazón?” Oh amigos, pienso en aquel profeta que predicó la Palabra de Dios una última vez antes de que comenzaran los cuatrocientos años de tinieblas: “*Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación*” (Mal. 4:2). El nacimiento de esa luz en el corazón es como el sol que nace en la naturaleza. El sol no aparece de repente al mediodía. Primeramente hay oscuridad total, pues todavía es de noche. Dicen que el tiempo más oscuro de la noche es justo antes del amanecer del sol. Luego los primeros rayos de luz aparecen en el horizonte, y gradualmente se hace más y más claro, aunque todavía no pueden ver el sol mismo. Por fin llega el momento cuando aparece el sol por encima del horizonte, y luego sube más y más en el cielo hasta llegar a su cenit al mediodía. Así es el amanecer de la luz espiritual en el corazón del pecador. Primeramente hay las tinieblas, y el pecador experimenta las tinieblas espirituales. Entonces dice: “Si esa luz nace en el corazón de otro, sí lo puedo entender. Pero, ¿yo? ¿Un pecador tan inmundo como soy yo? Sería justo si para mí si permaneciera en las tinieblas para siempre”. Oh, pero ¡cómo es cuando tal persona ve esos primeros rayos de la luz! ¡Cómo se lo puede describir! Quizás tú, amigo mío, lo conoces por experiencia, aquel momento cuando esa promesa maravillosa del Evangelio llenó tu corazón, y cuando ya podías creerlo también para ti mismo. Esos son los primeros rayos de la luz espiritual.

Luego sigue el amanecer de esa luz, cuando el Señor le da al pecador ojos para ver la posibilidad de ser salvo. Oh, ¡cuán grande llega a ser esa posibilidad, tanto que el pecador pueda decir: “¡Sí, aún es posible para mí, el mayor de los pecadores!” Sin embargo, cuando se le pregunta: “¿Conoces a Jesús? ¿Ha nacido el Sol de justicia en tu corazón?”, ese pecador no se atreve a responder, porque todavía está escondido para él.

Sin embargo, por fin ocurre el milagro: ¡el sol aparece en el horizonte! ¿Conoces tú esa experiencia? El apóstol Pablo dice que agradó a Dios revelar a Su Hijo en él (Gál. 1:16). Entonces se quita el velo, o la sábana; el apóstol habla del velo que fue quitado. Cuando una obra de arte está presentada al público, muchas veces está cubierta con una sábana; se puede ver que hay algo debajo de la sábana, pero no se puede ver exactamente lo que es. Cuando una persona oficial quita la sábana, ya se puede ver lo que es.

Eso es lo que Dios hace en la vida de Su pueblo. Tú, hijo de Dios, nunca olvidarás aquel momento cuando el Señor quita el velo de tus ojos por la primera vez, para que tus ojos puedan ver a Aquel Salvador. Oh, Él se hace tan precioso, tan codiciable, y lo más importante de todo.

Luego el Señor instruye y guía en el camino por el cual la fe está en acción, cuando el sol sube hasta su cenit del mediodía, y el pecador expresa con Juan el Bautista: *“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”* (Jn. 3:30). Él se hace cada vez más grande, y el pecador se hace cada vez menos. Así es que en la vida espiritual los hijos de Dios llegan a ser establecidos en Cristo, anclados en Su justicia. Así es que aprenden, por medio de la fe preciosa, que por más condenable y culpable que soy, debo reposar y confiar solamente en Su obra perfecta. Y es así que el hijo de Dios puede gustar un poquito de la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento.

Pueblo de Dios, hay un comienzo de este conocimiento de Dios, pero no hay fin. Aun Pablo, después de todas sus experiencias espirituales, tenía que decir: *“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección”* (Fil. 3:10). En esta vida vemos solamente un poquito de esto; *“Ahora vemos por espejo, oscuramente”* (1 Co. 13:12), hasta que llegue el momento cuando *“veremos cara a cara”*. Entonces aprenderemos, pueblo de Dios, que nosotros somos los que oscurecen Su obra una y otra vez y traemos tinieblas a nuestro corazón, pero a pesar de eso, Dios es fiel y siempre cumplirá y mantendrá Su propia obra.

Cuando la luz espiritual nace en el corazón, ya alumbra, pero sólo en los primeros pasos. Sin embargo, ese comienzo proclama a la iglesia militante: *“¡La luz completa está por venir!”* Oh, cuando los comienzos de experimentar esa luz son increíblemente benditos, ¡cómo serían en sus perfecciones! Entonces ya no habrá más tinieblas. La luz verdadera ya alumbra, y entonces alumbrará para siempre. *“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”* (1 Co. 2:9). Amén.